

# **SANGRE** **EN EL** **GARDEN**

**LA BRUTAL HISTORIA DE LOS  
NEW YORK KNICKS DE LOS 90**

**CHRIS HERRING**

Traducción de Guillermo Ortiz

**CONTRA**

*Blood in the Garden: The Flagrant History of the 1990s New York Knicks*  
© 2022, Chris Herring

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Emma Camacho, a partir del diseño original de James Iacobelli  
Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Octubre de 2023

© 2023, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

[contra@contraediciones.com](mailto:contra@contraediciones.com)

[www.editorialcontra.com](http://www.editorialcontra.com)

© 2023, Guillermo Ortiz, de la traducción

© Nathaniel S. Butler y Noren Trotman/NBAE vía Getty Images,

de las imágenes del fotomontaje de la cubierta

Todas las fotos del interior son cortesía de Getty Images

ISBN: 978-84-18282-95-9

Depósito Legal: B 16815-2023

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Marsha y Cedric Herring, los mejores padres del mundo.  
Siempre he querido que os sintierais orgullosos de mí y rezo porque así sea.  
Hasta que nos volvamos a ver. Os quiero.*

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

9

## CAPÍTULO UNO. UN NUEVO IDIOMA

13

## CAPÍTULO DOS. MENOS MAL QUE NO LLEVABAN GRANADAS DE MANO

21

## CAPÍTULO TRES. LA REINVENCIÓN DE PAT RILEY

35

## CAPÍTULO CUATRO. ESTAMPADO A MICHAEL JORDAN CONTRA EL SUELO

51

## CAPÍTULO CINCO. UNA SILUETA MARCADA CON TIZA

67

## CAPÍTULO SEIS. LA MARIPOSA ENTRE LOS BÚFALOS

85

## CAPÍTULO SIETE. UN RAYO DE LUZ

103

## CAPÍTULO OCHO. TREINTA Y SEIS HORAS EN RENO

115

## CAPÍTULO NUEVE. LA VIDA ENIGMÁTICA DE ANTHONY MASON

127

## CAPÍTULO DIEZ. EL AGITADOR EN LAS GRADAS

147

## CAPÍTULO ONCE. EL SUEÑO, LA PERSECUCIÓN Y LA PESADILLA

163

**CAPÍTULO DOCE. CUESTIÓN DE COMPROMISO**

189

**CAPÍTULO TRECE. TODOS TENEMOS NUESTRA PARTE DE CULPA**

201

**CAPÍTULO CATORCE. EL PELELE**

223

**CAPÍTULO QUINCE. REGRESO A LOS ORÍGENES**

249

**CAPÍTULO DIECISÉIS. VISTA PARA SENTENCIA**

259

**CAPÍTULO DIECISIETE. HECHOS POLVO**

279

**CAPÍTULO DIECIOCHO. TRASPLANTE DE CORAZÓN**

299

**CAPÍTULO DIECINUEVE. APARCAMIENTO DE LARGA ESTANCIA**

313

**CAPÍTULO VEINTE. CONTRA TODO PRONÓSTICO**

325

**CAPÍTULO VEINTIUNO. EL RELOJ DA LAS DOCE**

339

**EPÍLOGO**

349

**AGRADECIMIENTOS**

361

**UN BREVE APUNTE SOBRE LAS FUENTES**

365



# PRÓLOGO

HUBO UN TIEMPO, allá por la primavera de 1994, en el que nadie pasaba hambre en Two Penn Plaza, la sede de los New York Knicks.

Por entonces, cada vez que el club conseguía ganar tres partidos seguidos, todo empleado que trabajara en las oficinas del Madison Square Garden tenía a su disposición un bufé libre en el salón de la decimocuarta planta, lleno hasta arriba de todo tipo de comida: *lo mein*, sándwiches gourmet, buñuelos de queso y jalapeños, huevos rellenos, postres variados...

Los Knicks se estaban convirtiendo en uno de los pesos pesados de la NBA y en uno de los equipos más temidos de la liga. Después de una decepcionante temporada 1990/91, con solo treinta y nueve victorias, un cambio radical en la estructura y la composición del equipo habían llevado a los Knicks hasta los cincuenta y un triunfos al año siguiente y a liderar la Conferencia Este con sesenta victorias en 1993. Para entonces, las comidas gratis ya no eran la excepción, sino la regla.

La tradición de los bufés libres llegó a su apogeo en marzo de 1994, cuando los Knicks, dirigidos por el entrenador Pat Riley, consiguieron imponerse en quince partidos consecutivos, el récord de la franquicia, gracias a sus dos marcas distintivas: la lucha y la determinación. Fueron cinco semanas seguidas de comidas gratis en el Garden. Durante una de ellas, Frank Murphy, el director financiero de la franquicia, decidió templar la euforia con un mensaje de prudencia:

«Disfrutad de este momento al máximo —avisó el ejecutivo—, porque no va a repetirse. Esto es algo único».

Para muchos de los que estaban ahí, las palabras de este hombre de cincuenta y cuatro años —básicamente, venía a decir, todo lo que sube, tarde o temprano, baja— no eran más que una excentricidad. Murphy ya había dicho cosas parecidas en el pasado, y esta racha —¡quince victorias consecutivas!— demostraba que este equipo era diferente a cualquier otro. La euforia lo impregnaba todo y nadie quería bajarse del carro del optimismo desmedido. «Tenía treinta y tantos años, lo veía todo de color de rosa y recuerdo que le dije: “No digas esas cosas. Esto no va a parar nunca” —recuerda Pam Smith, por entonces la directora de marketing del equipo—. Pero mirándolo con perspectiva, me doy perfecta cuenta de lo que Frank quería decir».

Nadie —ni siquiera Murphy— podría haberse imaginado entonces la magnitud del declive posterior de la franquicia.

Aquellos New York Knicks ayudaron a definir una de las épocas doradas de la NBA. Llegaron a los playoffs cada año durante aquella década, con tres finales de conferencia y dos finales de la NBA. Pensar entonces que Nueva York iba a vivir la ruina que ha vivido durante las siguientes dos décadas era algo inconcebible.

Cuando el entrenador Jeff Van Gundy dimitió por sorpresa la mañana del 8 de diciembre de 2001, se llevó consigo buena parte del ADN del equipo de los años noventa. Se puede decir que desde aquel mismo día y hasta la fecha, la franquicia que siempre destacó por su orgullo, cercano a la arrogancia, no ha hecho sino coquetear con el desastre. Pese a jugar en el mercado más grande del país y gastarse más dinero en jugadores que nadie, lo único que ha conseguido desde la marcha de Van Gundy es acumular entrenadores, perder más partidos que ningún otro equipo y llevarse alguna que otra eliminatoria suelta en los playoffs, de nuevo a la cola de la liga.

Conforme nos acercamos a los veinticinco años de la última final de los Knickerbockers —y a los cincuenta de su último título de la NBA— las cosas se han deteriorado hasta el punto de que los aficionados ya solo piden un equipo que sea normal, que funcione, que en algún momento gane tres partidos seguidos y alguien organice un bufé en las oficinas.



La angustia de estos últimos años de plomo ha hecho que la nostalgia de esos Knicks de los noventa se haya apoderado por completo de los aficionados. Aquellos Knicks no eran dioses inmortales. Nunca fueron el equipo con más talento de la liga, pero todo lo que les faltaba en elegancia lo suplían con esfuerzo, lucha (a menudo, de forma literal) y momentos épicos en la cancha. Su coraje y su entrega conectaron de inmediato con la esencia neoyorquina. Cuando los aficionados veían a John Starks —que llegó a jugar en el All-Star pese a no haber entrado en el draft, haber pasado por cuatro universidades distintas y haber trabajado por tres dólares y treinta y cinco centavos la hora empaquetando comida en un Safeway tras dejar los estudios—, veían a alguien que había derrotado al destino a base de echarle horas y horas de trabajo y empeño. En Starks, el currante, el hombre con el que nadie contaba, muchísimos fans veían un reflejo de sí mismos.

Aquellos Knicks no dejaban a nadie indiferente. Los aficionados del equipo se sentían orgullosos de esos trabajadores infatigables mientras los dirigentes de la liga se las veían y se las deseaban para controlar su dureza con multas y suspensiones. La dureza de aquellos Knicks llegó a tal punto que la NBA tuvo que cambiar su propio reglamento. Sus rivales sabían que se enfrentaban a doce asaltos de dolor y sufrimiento que se prolongaban durante cuarenta y ocho minutos de lucha sin cuartel.

«Cuando jugabas en el Garden contra los Knicks, no sabías si ibas a ganar, pero sí sabías que tendrías que dejarte la sangre intentándolo. Literalmente», afirmaría años más tarde el ala-pívot de los Bulls, Horace Grant.

Los Knicks de los años noventa eran salvajes y diferentes... a menudo tan salvajes y diferentes fuera de las canchas como lo eran dentro de las mismas. Eran la versión sin edulcorar de Forrest Gump: siempre estaban presentes en los momentos históricos del baloncesto de aquellos años, desde la consagración de la dinastía de los Bulls de Michael Jordan hasta la persecución de O.J. Simpson durante las finales de 1994, los ocho puntos en nueve segundos de Reggie Miller en 1995 o los enfrentamientos a cara de perro con los Miami Heat del propio Riley. Es imposible contar lo que fue la NBA durante su déca-

da más fascinante sin referirse continuamente a los New York Knicks.

Y pese a todo, su historia nunca se ha contado por completo. Tal vez ahora —gracias a cientos de entrevistas con jugadores, entrenadores, preparadores físicos, rivales, amigos, familiares y ejecutivos vinculados al equipo— haya llegado el momento. Las rivalidades y los rumores. Los piques y las peleas. Las historias secretas y alguna que otra revelación sorprendente.

Todo esto, que quede claro, sin andarse con rodeos. Exactamente como a aquellos Knicks les habría gustado.

## CAPÍTULO UNO

# UN NUEVO IDIOMA

A PAT RILEY LE BASTARON VEINTE MINUTOS de su primer entrenamiento al frente de los Knicks para darse cuenta de lo que le esperaba.

Hacía demasiado calor aquella mañana del 4 de octubre de 1991 en Charleston, Carolina del Sur, y el pabellón donde entrenaba el equipo no tenía aire acondicionado. El ambiente estaba muy cargado y aquello parecía una sauna. Con todo, las condiciones meteorológicas no eran la principal razón del malestar del entrenador. Riley, que había sido portada de la revista *GQ* dos años antes, era conocido desde hacía años por su pelo engominado y sus trajes de Armani a la última moda. Sin embargo, ahora tenía el pelo revuelto y las gotas de sudor caían por el polo oficial del equipo. De repente, a Riley, con su 1.93, se le veía agotado, inclinado hacia adelante, sin aliento y con las manos en las rodillas.

A sus cuarenta y seis años, se le consideraba el entrenador más exitoso de la historia moderna de la NBA, gracias a sus cuatro anillos con los Lakers del Showtime, un equipo que le permitía una cierta relajación en el banquillo mientras veía a sus jugadores correr como locos de arriba abajo. Tal vez por eso, aquella mañana de octubre, a Riley se le notó falto de fondo cuando se tuvo que pegar un sprint para cruzar toda la cancha y evitar que dos de sus jugadores se mataran el uno al otro durante el primer ejercicio que había mandado a su nuevo equipo.

Riley había separado al equipo en grupos de tres para practicar el cierre del rebote. Los jugadores exteriores, más bajos, se fueron a

un lado de la cancha para trabajar con los técnicos asistentes Jeff Van Gundy y Dick Harter, mientras los interiores se quedaron con Riley y su ayudante Paul Silas. La tarea parecía sencilla: los entrenadores lanzarían desde cinco metros y los seis jugadores lucharían por la posición en la pintura para coger el rebote.

Xavier McDaniel, un alero de codos afilados, se hizo pronto con el control de la situación, aunque de una manera no del todo legal. Mientras Riley y Silas bombardeaban el aro, McDaniel, un antiguo All-Star que acababa de llegar a los Knicks, pisaba a sus rivales antes de que pudieran saltar a por el balón. Gracias a este truco, McDaniel había conseguido imponerse en un par de ocasiones a Anthony Mason, invitado a los entrenamientos de pretemporada, y coger tranquilamente el rebote. La primera vez, Mason pensó que se había tratado de un accidente. La segunda vez, ya se dio cuenta del truco y reaccionó con violencia.

«¡Si vuelves a intentar esa mierda, te voy a joder vivo!», gritó Mason, señalando a McDaniel.

McDaniel, imperturbable ante la amenaza de Mason, procedió a pisar de nuevo al pívot novato Patrick Eddie en la siguiente jugada, haciendo que Eddie trastabillara mientras McDaniel saltaba sin oposición por un nuevo rebote. Mason, de dos metros justos y ciento trece kilos de peso, no iba a permitir que aquello continuara. Se acabaron los avisos. Era el momento de cumplir con su promesa.

Aquella mole humana se lanzó a por McDaniel y le lanzó un puñetazo brutal con la izquierda buscando la mandíbula. El golpe sonó con tal violencia que hasta los jugadores del otro lado de la pista lo oyeron perfectamente. Durante un instante, justo después del puñetazo de Mason, reinó el silencio. Estupefacto, McDaniel se llevó instintivamente la mano a la cara, tal vez para asegurarse de que seguía ahí. Luego, miró fijamente a Mason y se lanzó a por el chico de veinticuatro años como un toro ante el capote de un matador.

Mason intentó retroceder hacia la banda, pero McDaniel arremetió contra él, le golpeó con la mano derecha y le agarró de la camiseta. Finalmente, después de un duro intercambio de golpes, Riley y una media docena de asistentes consiguieron separarlos.

«¡Tarde o temprano le daré a ese imbécil lo que se merece!», gritó McDaniel mientras le intentaban tranquilizar. Así descubrió el equipo la capacidad de Anthony Mason para estar en medio de todos los berenjenales. Obviamente, este no sería el último.

Aunque Mason llamara la atención por su físico, que parecía sacado de una película de dibujos animados, lo cierto es que pocos conocían su talento como jugador de baloncesto.

Después de una carrera errática en la que tuvo que pasar de una liga a otra y de una parte del mundo a la contraria, Mason estaba empeñado en demostrar que tenía un sitio en la NBA. Había jugado en el extranjero, en equipos turcos y venezolanos que solían viajar en autobús durante horas hasta que el culo se le quedaba dormido, o en aviones tan pequeños que se tenía que sentar de lado. Durante dos años, había tenido que luchar contra las barreras del idioma, de la soledad y de la alimentación para, por fin, conseguir su oportunidad en un equipo NBA. Esta concentración de pretemporada no solo era su gran oportunidad de alcanzar su objetivo, sino de hacerlo en Nueva York, en cuyas calles había crecido y jugado durante años.

Mason, que no tenía un contrato garantizado y que ni siquiera tenía claro que le fueran a hacer un sitio en el equipo, no estaba dispuesto a que McDaniel le intentara chulear. No con tanto en juego. Estaba demasiado cerca de su sueño como para renunciar a él y volver a su estatus de trotamundos.

«Para Mase, aquel ejercicio de cerrar el rebote era como el séptimo partido de unas finales», afirma el pívot Tim McCormick, uno de los que ayudaron a detener la pelea.

De alguna manera, McDaniel estaba en la situación opuesta a la de Mason. Mientras que Mason había tenido que viajar por todo el planeta para llegar por fin a Charleston, McDaniel había nacido en Carolina del Sur y solo había tenido que conducir durante noventa minutos para llegar al primer entrenamiento. Pocos meses antes, los Knicks, vistos sus problemas para anotar, le habían fichado de los Seattle Supersonics. El que fuera número cuatro del draft venía de una temporada en la que había promediado diecisiete puntos y siete

rebotes. Los Knicks tenían la idea de que jugara de alero titular. A diferencia de Mason, McDaniel tenía una plaza más que asegurada en el equipo, al nivel de la superestrella Patrick Ewing. No tenía nada que demostrar en esa concentración.

Ahora bien, McDaniel tampoco era de los que se arrugaba. McDaniel iba de machito por la vida. Según sus compañeros en Seattle, no era raro verlo paseando por el vestuario de los Sonics con una toalla colgando de su miembro erecto. Además, le gustaban las peleas. Se peleaba con todo el mundo.

«X era un auténtico broncas —recuerda Frank Brickowski, compañero de McDaniel en los Sonics durante el primer año de este en la liga—. Había algunos tipos con los que era mejor no meterse en líos y X quiso dejar bien claro desde el principio que él era uno de ellos». Brickowski aprendió la lección antes que nadie. En la pretemporada de 1985, durante el primer entrenamiento de McDaniel como profesional, le metió un puñetazo en la cara a Brickowski sin mediar palabra. Pocos días después, como si quisiera demostrar que no se trataba de nada personal, tumbó a otro compañero, Reggie King, con una combinación de tres directos a la mandíbula.

Cuando empezaron los partidos de verdad, McDaniel tuvo por fin la oportunidad de pelearse con jugadores que no eran de su equipo. Solo en su temporada *rookie*, la 1985/86, se metió en nueve peleas. En 1987, llevó la violencia un paso más allá, cuando, en palabras del redactor de *Sports Illustrated*, Bruce Newman, intentó «aplicarle la maniobra Heimlich a Wes Matthews... pero en el cuello». Matthews se quedó sin oxígeno, hasta el punto de que los ojos se le empezaron a poner en blanco.

«No quería que la gente pensara que soy una nenaza —afirma McDaniel años después, cuando recuerda su amplio palmarés como marrrullero en la NBA—, así que, para que me respetaran, a veces tenía que solucionar las cosas de esa manera».

Afortunadamente para Mason y para McDaniel, su entrenador no tenía ningún problema con esa manera de entender el baloncesto. Riley había aprendido la importancia de hacerse valer por uno mismo a los

ocho años. Aún en primaria, un grupo de chicos mayores y más grandes le esperaban cada día al salir de clase en un parque de Schenectady, en el estado de Nueva York, para darle una paliza. Un día, uno de estos chicos llegó a perseguir a Riley hasta casa con un cuchillo de carnicero en la mano. Riley estaba tan asustado que se escondió en el garaje durante horas. Su padre, extrañado de que Pat no apareciera por ningún lado a la hora de cenar, le rescató del garaje y le dijo que hasta ahí habían llegado. El padre de Riley les ordenó a sus hijos mayores que fueran con Pat al parque al día siguiente.

Cuando los chicos le preguntaron por qué, el padre de Riley les explicó que el primer paso para que Pat pudiera defenderse de sus miedos era enfrentarlos sin huir de ellos.

«Quiero que le enseñéis a no tener miedo», les dijo.

Desde entonces, Riley no solo perdió el miedo a pelearse, sino que hasta cierto punto empezó a disfrutar haciéndolo. En 1968, llevó a su novia, Chris Rodstrom, a un club de boxeo de San Diego a ver una pelea en su primera cita. Rodstrom iba vestida de blanco... lo que resultó no ser la mejor idea. La pareja estaba sentada junto al ring y uno de los primeros puñetazos dejó el vestido de Rodstrom regado de sangre. Ella apenas se inmutó, lo que hizo que Riley pensara que esa chica estaba hecha para él.

Dos años más tarde, se casaron.

A Riley le encantó la tolerancia de su esposa hacia la violencia, algo que también interiorizaron los aficionados de los Knicks durante sus años en el banquillo. La bronca entre Mason y McDaniel no fue, ni mucho menos, la única que tuvo lugar durante la concentración de pretemporada del equipo en la Universidad de Charleston.

Incluso cuando no había peleas como tales, los entrenamientos eran de una dureza tremenda. John Starks, en su segundo año con los Knicks, recuerda ese primer ejercicio de cerrar el rebote como si fuera un cómic de Batman, con sus onomatopeyas sonoras: ¡PAM, TOMA, POF, BONG!, mientras los jugadores chocaban unos contra otros e iban cayendo al suelo.

A los pocos minutos del inicio del primer partidillo, el temerario escolta vio claro que no se le había perdido nada dentro de la zona y

que no era buen día para andarse con penetraciones a canasta. «Tío, hoy es mejor que ni te acerques al aro», se dijo a sí mismo. Otro invitado a la concentración, Dan O'Sullivan, recuerda que, durante aquellos partidillos, las bandejas eran «pequeños milagros» debido a la cantidad de golpes que se llevaba cualquiera que lo intentara. «Era mucho mejor tirar desde seis metros —recuerda O'Sullivan—, ahí al menos tu vida no corría peligro».

Ese primer día de concentración, los Knicks se dieron cuenta de lo que era Riley. Esta —y no la del Showtime— era la cultura que Riley quería implantar en el equipo. Llevar la dureza al límite para que los demás equipos se pensarán dos veces lo de intentar entrar en la pintura. Entrenar el físico tanto como la táctica para que los jugadores tuvieran la energía suficiente al final de los partidos. Tratar a los jugadores de los Knicks como reyes y multarles cuando se rebajaran a levantar del suelo a un jugador rival.

Esta mentalidad del entrenador, que él mismo explicaría por encima esa misma mañana a sus jugadores en el vestuario, dictaría la manera de jugar al baloncesto de los Knicks durante casi toda la siguiente década.

Teniendo en cuenta la composición de la plantilla —liderada por Ewing y con un juego interior mucho más potente que el exterior— no tenía sentido que Riley intentara diseñar un ataque de transiciones rápidas y constantes como el que había empleado en Los Ángeles. Al contrario, los Knicks tenían que concienciarse de que su punto fuerte sería a partir de ahora la defensa.

En otoño de 1991, los fanfarrones «Bad Boys» que habían llevado a los Detroit Pistons a dos títulos consecutivos, ya acusaban el paso del tiempo. Estaban mayores y les faltaba energía. Sin embargo, su estilo de juego seguía igual de vigente, al menos para Riley. Como los Knicks eran más jóvenes que los Pistons, el entrenador entendió que la mejor manera de ganar a Michael Jordan y a sus Chicago Bulls, defensores del título, era continuar con las mismas tácticas defensivas marrulleras y agresivas que habían llevado a Detroit tan lejos.

Esa estrategia podía llevarlos a sobrepasar en alguna ocasión los límites de lo permitido por la NBA, pero el equipo necesitaba deses-



peradamente compensar la diferencia de talento —Jordan y los Bulls habían apalizado a los Knicks en los playoffs del año anterior— y cualquier riesgo merecía la pena. Riley llegó a contratar a Harter, el ayudante de los Pistons que había sentado las bases de la estrategia de Detroit, para implementar esos mismos principios defensivos en Nueva York.

Con todo, si los Knicks iban a agotar a los rivales con su esfuerzo físico y a los árbitros a base de cometer tantas faltas que les fuera imposible pitarlas todas, era imprescindible que se mantuvieran en un estado de forma impecable.

Por eso, Riley dedicó los primeros quince minutos de ese primer entrenamiento de la concentración a lo que, irónicamente, llamaba una «carrera ligera». Los jugadores tenían que correr de una canasta a la contraria con los brazos arriba para dificultarles la respiración y dejarles sin oxígeno. El siguiente ejercicio fue el «diecisiete». Había que correr de banda a banda diecisiete veces en menos de un minuto, descansar unos pocos segundos y repetir el ejercicio hasta que al entrenador le pareciera oportuno. Varios jugadores se marearon por culpa del agotamiento y de las opresivas condiciones del pabellón. El parque estaba tan mojado que el equipo se vio obligado a cambiar de pista en medio del entrenamiento.

«Nos pesábamos al inicio de la sesión y nos pesábamos al final. Al acabar, pesaba cuatro kilos menos», afirma el ala-pívot Brian Quinnett, quien también recuerda que a los jugadores les daban botellas de Ensure —una bebida nutricional— después de cada entrenamiento para rehidratarse.

Quinnett no era ni de lejos el único que acababa fundido los entrenamientos. McCormick, el pívot suplente, tenía además que lidiar con un tipo que se las sabía todas y que te podía hacer la vida imposible: Charles Oakley.

Que te pusieran a los pies de los caballos de Oakley ya era una tarea ingrata para cualquier jugador, pero mucho más para un veterano que empezaba su octavo año en la liga y veía que su tiempo en la NBA se acababa. Como cualquier ser humano, McCormick tenía en

alta estima su integridad física y no quería arriesgarse a perderla... algo que no siempre estaba claro cuando te tocaba hacer de sparring de alguien como Oakley. Cada día, los dos batallaban bajo los tableros y en el poste bajo. Y, casi siempre, las cosas acababan como uno podría imaginarse.

«Simplemente, era mucho más fuerte que yo, y las palizas que me pegaba eran de escándalo», reconoce McCormick.

Al enfrentamiento profesional había que añadirle una evidente falta de sintonía personal. De hecho, los dos se pasaron meses sin hablarse. Ni de sus familias, ni de los rivales, ni de nada en absoluto. McCormick se limitaba a aparecer por ahí día tras día y se llevaba su paliza de Oakley sin decir ni una palabra.

Hasta que, un día, McCormick decidió que ya había tenido suficiente y que no iba a aguantar más codazos de Oakley. En un ejercicio, se revolvió echando el brazo atrás con todas sus fuerzas y golpeó a Oakley en la boca, lo que le provocó una pequeña hemorragia. Oakley se fue a buscar a un preparador físico, no sin antes mandarle a McCormick una de esas miradas que fulminarían a cualquiera.

«Estaba convencido de que me iba a matar al día siguiente —recuerda McCormick—, pero fue al contrario: se acercó a mí, me dio una palmadita en la espalda y me preguntó qué tal me iba. No entendía nada. Era la primera vez que me dirigía la palabra. Luego entendí lo que había pasado: Charles nunca me respetó hasta que no le golpeé yo a él».

Ese extraño inicio de amistad entre Oakley y McCormick refleja a la perfección lo que fueron los Knicks de los noventa. No necesitaban palabras para hacerse entender. Dejaban que su superioridad física hablara por ellos y de esa manera cambiaron la manera de jugar a este deporte.